

Anexo

Dossier Especial Haití

Haití, Año Cero

LE MONDE | 27.01.10 | 10h30 • Actualización 27.01.10 | 10:30

Puerto Príncipe Enviado Especial



Fotografía: ----

Traducción por: Alicia Sangro

Después del Apocalipsis, la reconstrucción. La terrible tragedia que golpeó el martes 12 de enero al país más pobre de las Américas, ¿será la oportunidad de construir “un nuevo Haití”? La mala suerte parece cebarse en la primera república negra fundada en 1804, que universalizó los derechos humanos.

Sus dos siglos de existencia se han caracterizado por la violencia y las convulsiones. La esperanza democrática, nacida de la caída de la dictadura de Duvalier en 1986, se desvaneció al ritmo de sangrientos sobresaltos y de la extensión de la pobreza. Pedacito de África aferrado al flanco de las Américas, Haití es, desde hace un cuarto de siglo, uno de los ejemplos más deprimentes del fracaso de la cooperación internacional.

Luego del terremoto más mortífero en la historia de las Américas, el éxito de la reconstrucción depende, en primer lugar, de los haitianos: de su capacidad para superar el trauma causado, además, por el amontonamiento de cadáveres arrojados a fosas comunes -o todavía atrapados en los escombros-. Así ellos podrán superar los incontables daños, físicos y psicológicos y el persistente temor a nuevas réplicas del terremoto.

El renacer dependerá, pues, de su capacidad para construir un Estado menos corrupto y más eficiente, capaz, por ejemplo, de hacer cumplir las normas de construcción y de promover la reforestación. Consecuencia de la catástrofe, la despoblación de la capital será positiva si se crean los servicios públicos, la vivienda y el empleo en las provincias para re-establecer a las personas sin hogar. La centralización de actividades nacionales en Puerto Príncipe ha magnificado la catástrofe.

El modelo de desarrollo promovido por los países “amigos” y los donantes es, en parte, responsable. El dumping de excedentes agrícolas subsidiados -arroz de los Estados Unidos, en particular- ha arruinado a los agricultores que han sobre poblado los barrios marginales de la capital. Los empleos de zonas francas se concentraron en Puerto Príncipe

En los últimos años, los donantes han multiplicado sus conferencias. Miles de millones de dólares fueron prometidos y en parte dedicados a la “cooperación técnica”. Este eufemismo esconde los abultados sueldos de los expertos que preparan los mismos informes por enésima vez: el gasto y los gastos de las burocracias de la ayuda al desarrollo. Desde del año 2004, la comunidad internacional parece convencida de la necesidad de un compromiso a largo plazo; y América del Sur, con Brasil a la cabeza, ha fortalecido el grupo de los países “amigos”.

Dada la magnitud de las necesidades, no es el momento para el juicio de intenciones. El interés de los Estados Unidos no es ocupar Haití sino evitar una avalancha de balseiros y un estado fallido, entregado a los narcotraficantes en su patio trasero. La República Dominicana es consciente de que el desarrollo de Haití es la única respuesta al grave problema de la migración que envenena las relaciones entre los dos países vecinos.

Anderson Cooper, presentador de CNN, pronto encontrará nuevos teatros donde escenificar una nueva etapa de su periodismo compasivo. Sin embargo, la crisis humanitaria continuará después de la salida de los equipos de televisión. Los enormes impulsos de generosidad se agotarán. Para los países “amigos” y la ONU, el gran reto será el de romper con los fracasos del pasado y, finalmente, transformar la promesa de una cooperación en un éxito.

Jean-Michel Caroit

Artículo publicado en la edición del 28.01.10

Dossier Especial Haití

Una república negra marcada por la violencia desde sus orígenes

LE MONDE | 27.01.10 | 10:31 • Actualización 27.01.10 | 10:31

Port-au-Prince Enviado Especial

El terremoto del 12 enero de 2010 y sus consecuencias extremadamente brutales abren un nuevo capítulo en la historia de la primera República negra – proclamada en 1804– y marcada por la violencia desde sus orígenes.

Trata de esclavos y la esclavitud: Haití nace en el sufrimiento y la crueldad. La insurrección de los esclavos a partir de 1791, la guerra de independencia encabezada por Toussaint Louverture y Jean-Jacques Dessalines, y la derrota de la fuerza expedicionaria enviada por Napoleón para restablecer la esclavitud, dejaron decenas de miles de muertos.

La violencia continúa en el siglo XX. La ocupación de Haití por tropas de EE.UU. -desde 1915 hasta 1934- estuvo marcada por la sangrienta represión de la insurrección de los Cacos, dirigida por Charlemagne Peralte. El saldo fue de, al

menos, 13 000 muertos.

A partir de 1957, François Duvalier, “Papa Doc”, estableció una dictadura sangrienta, basándose en la milicia de voluntarios para la seguridad nacional: los “Tontons Macoutes”. Los mulatos eran perseguidos en el nombre de la “negritud”. Decenas de miles de haitianos fueron obligados a exiliarse en América del Norte, Europa o África.

Las esperanzas de democratización, después de la caída de “Baby Doc” (Jean-Claude Duvalier, hijo de François) en 1986, fueron decepcionantes. Los golpes de Estado y las masacres se sucedieron y la población ha seguido hundiéndose en la pobreza a pesar de las promesas de la ayuda internacional.

Simbolizando la esperanza de los pobres en su elección a la Presidencia, el 16 diciembre de 1990, el cura de los barrios, Jean-Bertrand Aristide, fue derrocado por un sangriento golpe militar, nueve meses después. Nuevos “Tontons Macoutes”, los “attachés”, masacraron a sus seguidores.

Reelegido en 2000, en una votación marcada por la abstención del 90%, Aristide se alió a los cárteles de la cocaína de Colombia para compensar la suspensión de la ayuda internacional. Armó a las organizaciones populares transformadas en “chimères” (grupos mafiosos) para reprimir a la oposición.

Después de su partida al exilio en 2004, le tomará más de tres años a la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH) y a la policía de Haití, para recuperar el control de las grandes barriadas de la capital, bases de las bandas fuertemente armadas que hacían reinar el terror, multiplicando los secuestros, las torturas, las violaciones y los asesinatos.

Dossier Especial Haití

Una nación habitada por la religión

LE MONDE | 27.01.10 | 10:31

Port-aú-Prince Enviado Especial

Todas las noches, después del terremoto, de la oscuridad se alzaban los himnos en los campamentos improvisados en los sectores de Puerto Príncipe. Las

invocaciones del vudú se mezclan con los cantos católicos y protestantes. Golpeados por un desastre apocalíptico, heridos, abandonados a sí mismos, los supervivientes agradecen a Dios y a los loa -los espíritus del vudú- de haberles salvado la vida.

El catolicismo en declive, el protestantismo en alza, especialmente en sus formas pentecostales y el vudú omnipresente... el pueblo haitiano es profundamente religioso. “El vudú ayudar a los haitianos a hacer frente a esta tragedia”, dijo Max Beauvoir, uno de los houngans (“sacerdotes”) más conocidos de esta religión de origen africano.

Aunque el catolicismo sigue siendo la religión oficial, practicada por el 54,7% de la población, según un estudio realizado en 2003 por el Fondo de las Naciones Unidas para la Población, el vudú es considerado por muchos expertos como la religión nacional de Haití. Muchos haitianos que se declaran católicos, practican también el vudú y “sirven a los loas”, especialmente en las zonas rurales y barrios más pobres.

En su libro de referencia, *El vudú haitiano* (Ed. Gallimard), publicado en 1958, el antropólogo suizo Alfred Métraux lo describió como el: “Conjunto de creencias y ritos de origen africano, muy entremezclados con las prácticas católicas, que conforman la religión de la mayoría del campesinado y del proletariado urbano de la República negra de Haití. Sus discípulos le piden aquello que los hombres siempre han esperado de la religión: remedios para sus males, la satisfacción de sus necesidades y las esperanza de sobrevivir”.

Sistema coherente

Esta religión ha sido a menudo caricaturizada y reducida a la práctica de la brujería, zombis y muñecos de vudú. “*La idea básica de esta religión es que todo, incluida la tierra, tiene una dimensión espiritual, un “espíritu”*”, dijo Elizabeth McAlister, especialista en vudú de la Wesleyan University (Estados Unidos). La tierra de Haití es considerada como una madre. Para algunos, el terremoto es su indignación por el abuso, la erosión, la deforestación, la devastación del medio

ambiente, que se le ha infligido.

Sin Papa ni doctrina, el vudú es ,sin embargo, un sistema coherente. “Cada espíritu o loa, es como una palabra en un idioma. El conjunto de las familias de loases, en su oposición y su complementariedad, forman el panteón del vudú” escribió el director de investigación en el CNRS, Laennec Hurbon, en su libro *Los misterios del vudú* (Ed. Gallimard).

El vudú se divide en dos rituales, celebrados por houngasn y mambos en los houmfors (“templos”), que son a menudo modestas casas o enramadas. Los loases de “rito rada”, procedente de Dahomey (Benin), son más conciliadores que los de “rito petro”, más severos.

Entre los más conocidos -a menudo representados por los pintores naïfs- Agoué es el dios del mar, Damballa simboliza el agua y la fertilidad, Erzulie, el amor y la pureza, Guede y el Barón Samedi, la muerte, y Ogun, el fuego y la guerra. Estos loases se asocian a menudo con un santo católico. Los loases se manifiestan en sueños o cuando los fieles entran en trance y un espíritu temporalmente se apoderara de sus cuerpos. Para su protección, los creyentes hacen ofrendas de alimentos y bebidas. Los ritos funerarios reflejan la importancia de los muertos, que pueden aparecerse en sueños para dar consejos o advertencias a los supervivientes.

La sepultura de decenas de miles de cadáveres en fosas comunes, obviando estos ritos, ha añadido una dimensión espiritual a la tragedia causada por el terremoto. “Los espíritus de los muertos siguen viviendo muy cerca de los vivos, invisibles pero tangibles, viviendo en un universo paralelo del otro lado de cada espejo”, señala el escritor estadounidense Madison Smartt Bell, autor de varios libros sobre Haití.

El dictador François Duvalier se sirvió del vudú para fortalecer su poder. “Papa Doc” reclutó buen número de houngans en su milicia de tontons macoutes. La caída de su hijo Jean-Claude, en 1986, fue seguida por una caza de houngans, asociados con el régimen de Duvalier.

Las comunidades eclesiales de base (Ti Legliz) de la Iglesia católica desempeñaron un papel importante en el movimiento popular que derrocó a la dictadura. Al inicio de la década de 1980, Radio Soleil, la emisora católica estuvo a la vanguardia de la lucha contra el “Baby Doc”. Pero el catolicismo ha sufrido una fractura entre la base -adherida a la teología de la liberación- y la jerarquía conservadora, que negaba la participación política. Más tarde, la deriva autoritaria de Jean-Bertrand Aristide (ex sacerdote salesiano y “profeta de barrios” convertido en Presidente) terminó por desorientar a los católicos, especialmente a los partidarios de la avanzada de la Ti Legliz.

Generosamente financiadas por los misioneros norteamericanos, las sectas protestantes se han aprovechado de este desconcierto. Según el investigador André Corten, el éxito de las iglesias pentecostales como el Ejército celestial, se explica en parte por la recuperación de las prácticas tomadas del vudú, tal como “la creencia en las visiones o la concepción sobrenatural del sueño.

No hace mucho, dominante en el protestantismo, el Bautismo ha sido superado por el Pentecostalismo. Como ya lo observó Alfred Métraux, el protestantismo es, más que el catolicismo, un refugio donde se está a salvo de la ira de los loases.

Jean-Michel Caroit

Cinco días después del terremoto, es día de misa en Port-au-Prince...

El Domingo 17 de enero, es el día de misa en Port-au-Prince. Sin embargo, las campanas de Notre Dame, no suenan más. Están reducida a escombros. Como si una bomba hubiera sido lanzada.

Como si el diablo -dijo la vieja Cecilia, feligresa de larga data- se hubiera empeñado en destruirla. “Lo consiguió en parte, el vicioso” Las piedras han sepultado el coro completo de Santa Cecilia, que estaba ensayando. Cantaban al unísono, tan sinceramente, tan vibrantes, cuando la tierra tembló! Y ellos todavía están allí. Nadie vino a desenterrarlos. “

Sólo una gran cruz blanca, en el extremo del edificio, se escapó de la masacre. Se yergue, triunfante, y Cecilia ve más que una coincidencia: “El mensaje de Cristo Redentor! Él nos ama y sigue protegiendo a Haití!”

En muchos programas de radio, esta mañana, los predicadores han afirmado. “Las bondades del Señor no se han agotado.”

Pero, ¿este terremoto, estas víctimas? “*Su misterio es inmenso, pero su sabiduría es infinita*, contestó un feligrés, inmaculado cuello y un sombrero a juego. “*¿Qué nos queda, sino la fe? Dudar, seria derrumbarse de un golpe.*” Cerca de la catedral, un ciego improvisa en la guitarra, su voz profunda y triste: “*País roto, país quebrado. Mi padre murió, mi madre murió. País que tiembla, País tierno. Tan duro y tan amargo, país que sangra* “.

Artículo publicado en la edición del 28.01.10

Jean-Michel Caroit